

Retóricas del sida. La Guerra Fría, Perlongher, la enfermedad y las computadoras

Ignacio Iriarte

1

En el prólogo del libro *Literatura, cultura, enfermedad*, Wolfgang Bongers sostiene que las enfermedades tienen una historia y pertenecen a una época determinada. Afecciones como la lepra o la tuberculosis no solo asolaron en algunos períodos, sino que se podrían pensar esas y otras enfermedades como creaciones históricas, de la misma manera que lo son la esclavitud, la democracia o la televisión. La tesis es aceptable de inmediato en las enfermedades psiquiátricas y en males como el Alzheimer y el cáncer, asociados a la extensión de las expectativas de vida, pero Bongers también apunta a enfermedades como la tuberculosis, la sífilis o el sida, no solo porque se pueden encontrar causas históricas para su aparición o para el grado de impacto que tienen en la tasa de mortalidad, sino también porque ese tipo de enfermedades desempeñó un rol importante en el desarrollo de las sociedades.¹ En los libros que sacó desde los años 60, Michel Foucault ya había demostrado este tipo de hipótesis al señalar

¹ En relación con el Alzheimer, Franco Berardi sugiere también, en *Fenomenología del fin*, como causante la imposición del semiocapitalismo y las modificaciones que se produjeron a partir de invenciones tecnológicas como Internet.

que enfermedades como la locura, la lepra y la peste son focos a partir de los cuales se desarrollaron tecnologías de poder que luego se extendieron al conjunto de la sociedad, pues los métodos que se aplicaron para combatir esas epidemias fueron modelo e inspiración para el diseño de ciudades y el establecimiento de dispositivos de poder, como podemos verlo en la importancia que cobra el encierro desde determinada época, que se proyecta a la cárcel, la escuela, el ejército, las fábricas y los hospitales.

En este trabajo me propongo retomar este marco para realizar una serie de descripciones sobre la crisis del sida durante los años 80. Desde mi punto de vista, el sida debería comprenderse en la constelación de procesos políticos y culturales que se vivieron en esa década, como la caída del muro de Berlín, la puesta en marcha de una democratización a escala occidental y la difusión de las computadoras. Con esto no quiero decir que existan relaciones de causa y efecto entre esas transformaciones y la aparición del VIH, sino que hay una relación entre esos acontecimientos y los lenguajes que se emplearon para explicar el funcionamiento del sida a personas que no tenían un conocimiento ni siquiera superficial de medicina. Así como la lepra y la peste generaron dispositivos para ordenar las poblaciones, de la misma manera el sida coordinó y muchas veces superpuso los lenguajes médicos con otros que partieron de la política, la guerra y la religión, de modo que se puede considerar que la historia del sida cuenta también los cambios profundos que se vivieron en esa década tumultuosa, porque a través del sida no solo se desarrollaron discursos para representar la enfermedad, sino que también se aplicaron formas de comprender y de ejercer el poder que finalmente se revelaron novedosas y se impusieron al conjunto de las instituciones.

2

Entre todos los discursos que hablaron del sida, existe un grupo que permite fijar un punto de partida para una propuesta como la que acabo de elaborar. Me refiero a las teorías conspirativas (del tipo el sida se creó en un laboratorio norteamericano) que proliferaron a principios de los años 80. Lo interesante de este tipo de interpretaciones es que pertenecen a un conjunto muy extenso de teorías que van más allá del sida. En Estados Unidos, la importancia de las teorías conspirativas es tan alta que conforman un objeto de estudio importante para la sociología, lo cual es entendible, ya que se trata de un país pródigo en estas visiones, a causa de acontecimientos como el asesinato de John F. Kennedy o la sospecha de que el gobierno mantiene contactos con extraterrestres, toda una paranoia que a su vez generó una literatura de gran relevancia estética, como podemos ver, por ejemplo, en la narrativa de Philip K. Dick. Aunque las teorías conspirativas recorren la modernidad, el sociólogo Luc Boltanski demuestra que se potenciaron durante la Guerra Fría, período en el que por lo demás la academia norteamericana creó algunos de los conceptos centrales para su comprensión.²

En los inicios de la epidemia del sida, la enfermedad fue capturada por este tipo de esquemas intelectuales. Para mostrar aunque sea una parte de esta cuestión, me remito al tomo I de *Conspiracy Theories in American History*, una enciclopedia dirigida por el historiador Peter Knight. En la entrada sobre el sida, Jack Batrich repone las explicaciones que aparecieron al principio de la enfermedad. Las primeras hipótesis surgieron en San Francisco en 1983 cuando algunos integrantes de la comunidad

² Me refiero al texto *Enigmas y complots*, en el que realiza un estudio detallado de los servicios secretos, la literatura, la paranoia y las teorías conspirativas.

gay pegaron afiches en los que denunciaban que la enfermedad había sido creada por el gobierno para enfermar y en última instancia exterminar a los homosexuales. La prensa gay apoyó estas acusaciones, en parte porque acordaba con ellas, en parte porque eran una defensa contra la discriminación que históricamente venían sufriendo los gays, de pronto intensificada tras el surgimiento de la enfermedad, a la que se designó por medio de nombres como “cáncer gay” y “peste rosa”.

Poco después, la Guerra Fría capturó esas denuncias y las llevó a la lucha ideológica internacional. En 1984, un periódico de la India publicó un artículo en el que aseguraba que el sida había sido creado por el gobierno norteamericano en un laboratorio militar, especializado en la producción de armas biológicas. Moscú levantó la hipótesis y el diario *Pravda* publicó una caricatura en la que un científico le entregaba un frasco con sida a un militar norteamericano. En el dibujo, se ve al médico mientras sostiene un tubo de ensayo de grandes dimensiones. Se lo está entregando al militar con un gesto maligno, mientras extiende la otra mano para recibir un fajo de dinero. El tubo tiene una especie de etiqueta volante, casi a modo de banderín, en el que se lee “Virus sida” (Вирчс спид). El militar tiene varias condecoraciones en el pecho, típicas de algún alto cargo en el ejército. Ambos ocupan toda la viñeta, aunque debajo se ven varios pies de personas aparentemente muertas. Como detalle, vale resaltar que, dentro del tubo de ensayo, el virus está representado por una serie de cruces, que deforman levemente la reconocible forma de la esvástica nazi.



En este clima de Guerra Fría, la enfermedad queda ligada a la invención, el complot, el sabotaje, las batallas encubiertas, las acusaciones sobre totalitarismo, manipulación y genocidio que se cruzan de un lado al otro de la cortina de hierro. En un panfleto de 1986 titulado *Sida: el mal creado en USA*, los científicos de Alemania Oriental Jakob y Lilli Segal aventuran que el gobierno norteamericano había creado el virus con propósitos militares. La diseminación fue causada por un error: las autoridades médico-militares lo probaron en algunos presidiarios, pero por error éstos se escapan, esparciendo el virus entre la comunidad gay de Nueva York, a la que naturalmente se dirigieron, siguiendo una lógica apriorística y prejuiciosa que une hombres negros, virus,

marginalidad y homosexualidad. De acá en más, las teorías siguen la lógica de una bola de nieve. A fines de los 80, el médico alternativo William C. Douglass lleva su paranoia al extremo: el sida forma parte de un complot soviético para exterminar a la población norteamericana. El complot sigue una trama simple pero dificultosa: primero los comunistas se infiltraron en el ejército; desde ahí crearon el virus y lo diseminaron en Estados Unidos gracias a las operaciones cómplices de la Organización Mundial de la Salud. Para terminar con esta amenaza, Douglass recomienda que el gobierno dicte la cuarentena a los infectados, profundice la guerra contra el comunismo y demuela la OMS.³

3

En el transcurso de la década, este tipo de explicaciones perdieron audiencia y cayeron en descrédito. Los motivos son en general científicos: en 1984, el Instituto Pasteur consiguió aislar el virus, se descubrieron orígenes científicamente más probables y se pudo advertir que la enfermedad infectó a cuerpos sin importar el sexo, la raza o las ideologías políticas. Se puede aventurar, también, que el sida funcionó como uno de los focos a partir de los cuales se abandonó la lógica disciplinaria de la Guerra Fría y se construyó una sociedad de nuevo tipo.

En la Argentina y el Brasil de los años 80, este proceso de cambios se puede seguir en un libro por muchas razones

³ Como podemos comprobar ahora con el covid-19, las teorías conspirativas acompañan siempre la aparición de nuevas enfermedades y son formas iniciales de interpretación y producción de sentidos sobre las enfermedades. Desde el gobierno de Donald Trump se le dio fuerza a la teoría de que el virus había sido creado en laboratorios chinos y, repitiendo de una manera casi diríamos patética las opiniones pseudocientíficas que acabo de mencionar, en julio de 2020 decidió que el gobierno de los EE. UU. rompiera relaciones con la OMS.

memorable: *El fantasma del sida*, de Néstor Perlongher. El escritor publicó este breve ensayo en portugués en 1987; un año después apareció en Argentina en la editorial Puntosur.⁴ El volumen tiene cinco capítulos, aunque en él se distinguen dos partes: en la primera, Perlongher hace una descripción médico-biológica del sida, lo que lo lleva a acercarse estilísticamente a los folletos de prevención. En la segunda, realiza un análisis micropolítico del impacto del sida en la sociedad brasileña. En esas dos partes, compone no una, sino dos imágenes de la enfermedad.

En la primera, el texto se deja influir por el contexto de la Guerra Fría. En esas páginas recupera la versión médica oficial, aunque la rodea de varias de las teorías conspirativas que acabo de mencionar. No les da a todas la misma credibilidad (repone teorías que reconoce alocadas, como la hipótesis de que Fidel Castro esparció el sida en EE. UU. a través del exilio de Mariel, de 1980), pero mantiene el clima de espionaje, e incluso desarrolla el tema a través de las guerras entre los laboratorios. En esta misma línea, utiliza una retórica bélica para explicar el

⁴ Néstor Perlongher publicó el libro en portugués en 1987 bajo el título *O que é AIDS*, en la Coleção Primeiros Passos de la Editora Brasiliense, en la que se publicaban textos introductorios a temáticas por alguna razón candentes (otros títulos de la colección son: *O que é Adolescência*, *O que é Amor*, *O que é Feminismo*, *O que é Homossexualidade*). Como es posible reconstruir a partir de sus cartas, editadas hace algunos años por Cecilia Palmeiro, el libro salió en la misma época que *O negocio do miche*, su tesis de maestría. Según carta del 7 de agosto de 1987 a Daniel Molina, por esas fechas entra en contacto con la editorial argentina Puntosur para publicar la versión en castellano, bajo el título de *El fantasma del sida*, que hace juego, como la primera oración del texto, con el fantasma del comunismo que invocan Marx y Engels. De su correspondencia se pueden reconstruir parte de las negociaciones con la editorial: Perlongher había pensado en Marcelo Benítez para que redactara un capítulo sobre el sida en Argentina, pero Puntosur encargó el texto a Leonardo Moledo, quien lo había contactado inicialmente con la editorial. A juzgar por las cartas, el cambio le causó un profundo enojo, porque se trató de una decisión inconulta, y también porque el texto de Moledo es un informe neutro y por momentos normalizador, que desentona con la potencia política y reflexiva que despliega Perlongher.

funcionamiento del sistema inmunológico. Escribe en un momento particularmente importante de su ensayo:

Para explicar qué es el virus del SIDA y cómo actúa, se hace necesario hablar un poco del sistema inmunológico humano.

Este sistema tiene, por lo menos, dos grandes funciones. La primera se relaciona con el medio exterior, sus habitantes, sus agresiones. La segunda está replegada hacia el interior del individuo, hacia su propio organismo, protegiéndolo de una diversidad de procesos mórbidos que se desarrollan silenciosamente. Ambas forman dos grandes líneas de defensa.

La exterior está constituida por la piel y por las mucosas que recubren, por ejemplo, las vías respiratorias, incluyendo allí las secreciones. Si esa barrera fuese atravesada y un cuerpo invasor ingresase en el torrente sanguíneo, se accionaría entonces el segundo sistema de defensa, el interior: las células de inmunidad especializada. (19)

En estos dos párrafos, se aprecia perfectamente que Perlongher comprende el cuerpo como un territorio soberano que está habitado por habitantes y es atacado por cuerpos invasores. La imagen que produce del sistema inmunológico se basa de una manera muy clara en un sistema de metáforas que pertenecen al campo de lo militar. Como dice al principio de la cita, ese sistema tiene que mantener una relación tensa con el exterior, debido a que funciona como una frontera en un país soberano, que impide el ingreso de agentes patógenos. Al mismo tiempo, el dispositivo inmunológico controla el interior del cuerpo, en primer lugar buscando cuerpos agresores que provienen de afuera, y en segundo lugar ocupándose de algo que Perlongher parece no visualizar del todo, que llama “diversidad de procesos mórbidos que se desarrollan silenciosamente”.

Toda esta retórica no es invención del escritor argentino. Más bien, Perlongher se contenta con reproducir una suerte de *koiné* (una lengua común) que se encuentra desarrollada en los libros

sobre inmunología y virología. En *Inmunitas*, Roberto Esposito remonta este sistema de metáforas a los tratados políticos del siglo XVII, refiriéndose especialmente al *Leviatán*, un libro en el que, como es habitual en los textos políticos de la época, el reino era comprendido como un cuerpo cuya cabeza era el soberano. De todos modos, está claro que la retórica que emplea Perlongher está organizada a partir de una serie de metáforas que plantean un vínculo mucho más moderno entre el cuerpo y un territorio soberano. En “Cold War Science and the Body Politic: An Immuno/Virological Approach to *Angels in America*”, Daryl Ogden encuentra que uno de los desencadenantes principales de este tipo de metáforas en el campo de la medicina se encuentra en que la inmunología hizo sus avances principales en los años 40 y 50, es decir, en el momento de mayor intensidad de la Guerra Fría. En ese texto, comenta *The Production of Antibodies* (1949), libro en el que Frank Fenner y Frank McFarlane Burnet presentan la teoría de que el aparato inmunológico distingue las células que pertenecen al cuerpo por medio de algo que llaman “self-marker”. Para mantenerse sano, el sistema inmunológico realiza dos acciones: elimina los agentes “non-self”, es decir, los que no son yo, los que no forman parte del cuerpo, y extirpa aquellas células que, si bien pertenecen al cuerpo y forman parte del sistema inmunológico, se encuentran debilitadas. Ogden pone en paralelo toda esta forma militar y policíaca de comprender el sistema inmunológico con el clima paranoico que se vive en EE. UU. durante la época de Joseph McCarthy. Siguiendo su lectura, la inmunología comprendió el funcionamiento del cuerpo gracias a que transportó en términos metafóricos toda una lógica de la desconfianza ante lo que no forma parte de lo nacional, del sistema de vida, de los valores aceptados, de la misma manera que mantuvo una visión persecutoria de la población, algo que

Fenner y Burnet pueden ver a partir de las células debilitadas, que permiten infiltraciones.

En la época en la que Perlongher escribe *El fantasma del sida*, este paralelo del cuerpo con la Guerra Fría no solo continuaba funcionando, sino que de hecho servía como lengua común entre los médicos y la población leiga, como lo evidencian tanto su texto como otros textos de divulgación. Para demostrarlo, quisiera traer a colación un artículo que publicó Peter Jaret en la revista *National Geographic*, en el número de junio de 1986. El autor le pone a su artículo el título de “The Wars Within”. La bajada consta de dos oraciones, la primera de las cuales está llena de conceptos tomados del campo militar: “Besieged by a vast army of invisible enemies, the human body elists a remarkably complex corps of internal bodyguards to battle the invaders” (702). Si descontamos artículos y preposiciones, esa oración está compuesta por quince palabras, y ocho pertenecen al campo militar. Por supuesto, todo el artículo está plagado de esta retórica. En otro momento sostiene lo siguiente: “Usually we never even notice the battles in the incessant wars within us. We have evolved legions of defenders, specialized cells that rout the unseen enemy [...] We sleep securely, trusting the invisible vigilantes of our immune system” (706). La guerra encubierta, que se realiza sin que la población se entere: ninguna definición más exacta de la Guerra Fría. Incluso podemos decir que Jaret se dejó influenciar por las novelas de espías. O por lo menos cuando escribe esa frase: en *The spy who came in from the cold*, de John Le Carré, el jefe de los espías le dice a Alec Leamas casi lo mismo que lo que Jaret dice del sistema inmunológico: “Hacemos cosas desagradables para que la gente corriente, aquí y en otros sitios, puedan dormir seguros en sus camas por la noche” (61).

Pero volvamos a *El fantasma del sida*. En la primera parte del ensayo, Perlongher complementa este lenguaje bélico con otro que toma de la computación. Escribe en el párrafo que sigue a la cita anterior:

Aunque estas dos grandes funciones [se refiere a las funciones de defensa del sistema inmunológico] parecen estar aisladas la una de la otra, ellas dependen, en última instancia, de un componente central del sistema especializado de inmunidad, un tipo de glóbulo blanco llamado linfocito T 4 “auxiliar”. La función de ese linfocito T “auxiliar” puede ser comparada con una central de computadora: él alimenta todas las otras terminales, emitiendo informaciones a los restantes componentes del sistema inmunológico; éstas permiten organizar las defensas del organismo atacado por el cuerpo extraño.

[...]

Cuando el organismo entra en contacto con el virus del sarampión, por ejemplo, los linfocitos B, después de recibir la orden de los linfocitos T 4 “auxiliares”, pasan a producir anticuerpos contra aquel microorganismo. Vencido el plazo de peligro y no habiendo más necesidad de mantener la producción de anticuerpos, también son las células T 4 “auxiliares” las que envían información a otro tipo de linfocitos T 8 (“supresores”), ordenando cesar el ataque. (20)

Perlongher utiliza estas metáforas con propósitos didácticos. Pero a diferencia del lenguaje bélico, la computación funciona en la época de una manera menos directa. Como es usual en las metáforas didácticas, está claro que busca reemplazar lo desconocido por sus lectores, en este caso el sistema inmunológico, por algo conocido con lo que guarda alguna afinidad, en este caso la computación. Ahora bien, en la época el conocimiento al que apela tiene una evidente particularidad. Actualmente, tenemos un conocimiento práctico de la computación que hemos desarrollado gracias a la experiencia directa con todo tipo de dispositivos tecnológicos. En los años 80, en cambio, el conocimiento práctico que una persona podía tener del tema se reducía con suerte al manejo de alguna Commodore 64, que se

enchufaba al televisor y utilizaba unos casetes que eran leídos por una máquina grabadora. Tal vez algunos tenían nociones más allá de la media porque trabajaban en algún banco.⁵ Para el resto de la población, la computación y las nociones del tipo “centrales” y “terminales” podían ser conocidas solo gracias al imaginario que habían construido las revistas de divulgación o las novelas y películas de ciencia ficción.⁶ En la época en la que se individualiza el VIH aparecen, en este sentido, dos películas que tuvieron un éxito masivo y sobre las cuales descansa buena parte del imaginario de los 80 sobre las computadoras. La primera es *Juegos de guerra* (1983), en la que un hacker ingresa al sistema de defensa norteamericano y le hace creer que la URSS ha lanzado un ataque nuclear. La segunda es *Terminator*, película de 1984 en la que el sistema de defensa toma conciencia y extermina a la población. Notemos que ambas aparecen en la misma época en la que se individualiza el VIH y de alguna manera se vinculan con las enfermedades. La primera imagina que alguien se introduce en el sistema de defensa del Estado para manejarlo a su antojo, de manera parecida a como opera el VIH, que se introduce en las células encargadas de la defensa para destruir toda capacidad de reacción del cuerpo; en la segunda, el sistema

⁵ Para pensar estas cuestiones, me baso en parte en *La humanidad aumentada*, de Éric Sadin, y en parte también en mis recuerdos.

⁶ El mismo Perlongher sabía muy poco del tema. Como revela su correspondencia, se compra su primera computadora a fines de 1991 y al principio tiene problemas con acciones básicas, como guardar un texto. En carta a Beba Eguía de agosto de 1991 le dice que tenía preparada la crónica sobre París, pero “—oh inexperiencia— el computador se lo comió! Buahhh!” (163). Por supuesto, esos problemas son fáciles de resolver para nosotros, pero en la época revelan más bien la falta de familiaridad que todavía existía con las computadoras. Volveré sobre las computadoras más adelante. Pero vale resaltar acá lo que dice Palmeiro en la introducción de la correspondencia: se trata de uno de los últimos epistolarios, porque la “masificación de internet a finales de la década del 90 transformó para siempre las prácticas de escritura, e incluso las formas de subjetividad que se construyen a través de ellas” (14).

de defensa cobra conciencia y comienza a atacar a las personas que debería proteger, siguiendo el patrón de las enfermedades autoinmunes.

4

Se me puede reprochar que abuso de las interpretaciones. Al fin y al cabo, nada de esto se encuentra en *El fantasma del sida*. Perlongher no habla de *Juegos de guerra* ni de *Terminator*, tampoco hace explícitos sus conocimientos sobre medicina. Por su correspondencia, podemos sospechar que el conocimiento que tenía del sistema inmunológico era muy precario e incluso los pocos datos que maneja en *El fantasma del sida* los olvida con rapidez.⁷ Todas estas sospechas y estas críticas son ciertas, pero desde el punto de vista que me fijé en este trabajo no solo son irrelevantes, sino que ponen de manifiesto que esta primera parte utiliza una forma casi naturalizada en la época de pensar la enfermedad. De hecho, las metáforas didácticas que utiliza son una ventana a la mentalidad de la época. Importa poco que piense en aquellas películas para pensar la enfermedad. Lo cierto es que establece una serie de continuidades entre la guerra, la computación y el cuerpo, de manera que mantiene todo el clima de la Guerra Fría y todo el sistema de relaciones entre los sistemas sociales disciplinarios y el cuerpo individual. Así, la primera parte del ensayo de Perlongher muestra que el sida apareció en una sociedad marcada por los grandes bloques ideológicos, lo

⁷ Para comprobarlo, basta con confrontar la detallada descripción que hace de las células T4 y T8 con lo que le dice a Beba Eguía dos meses después de que le saliera positivo el test de VIH: "Mi entrevista con la médica que me trata no fue muy tranquilizadora que digamos. La cosa al parecer está en la sangre, hay una disminución de las 'células T' (?)" (133).

que supone una serie de rigideces que afectan tanto a las formas de comprender las identidades como así también las prácticas artísticas y culturales.

Sin embargo, la segunda parte de *El fantasma del sida* muestra que este tipo de interpretaciones tendieron a pasar a segundo plano. Las razones son muchas, y muy variadas. Sin pretender agotarlas, se puede afirmar, en todo caso, que esta primera red simbólica de la Guerra Fría no estaba en condiciones de comprender de una manera adecuada el modo en el que funcionaba la enfermedad tanto a nivel del cuerpo como a nivel social. Esto no se debe solamente a que produjo hipótesis disparatadas como las que Douglas propone en *The End of Civilization*, sino también a que el sida fue, al final de cuentas, un foco resistente que empujó a una serie de cambios tanto en la forma de comprender el cuerpo como en los modos de organizar la cultura y la vida cotidiana. Aunque no es del todo tajante en cuanto a las fronteras epistemológicas, la bibliografía sobre el tema de lo inmunitario es contundente en este sentido. Como demuestra Esposito (quien toma sus argumentos de Donna Haraway), el lenguaje de la guerra pone de manifiesto una cierta concepción de la relación del cuerpo con la enfermedad que es a todo o nada. En *Inmunitas*, hace una serie de comentarios relativamente extensos sobre John Dwyer y Lennart Nilsson, que publican libros con títulos elocuentes: *The Body at War: The Miracle of the Immune System* (1988) y *The Body Victorious: The Illustrated Story of Our Immune System and Other Defences of the Human Body* (1987). En esos comentarios, Esposito demuestra que la retórica de la Guerra lleva a comprender la lucha contra la enfermedad como una victoria aplastante y total. ¿Podía funcionar algo semejante para pensar un virus como el sida que no puede ser eliminado? Precisamente, el sida empujó una reconceptualización en este

sentido. Esposito sigue la cuestión por medio de la vacuna. La vacuna inmuniza al cuerpo inyectándole una forma debilitada del virus. En el cuerpo queda un registro, de modo que el sistema de defensas ya está preparado para actuar ante un nuevo contagio. Esposito extiende el argumento a la sociedad, señalando que la administración de la vida no consiste en terminar con la enfermedad. Al contrario del modelo bélico, el cuerpo y la sociedad viven porque mantienen con la enfermedad y la muerte una relación íntima y necesaria.

Por supuesto, Perlongher no conocía estos argumentos, pero en la segunda parte de su ensayo abandona el clima de la Guerra Fría y, anticipándose a Esposito, comprende el VIH como un agente que se introduce en la sociedad, obligándola a realizar una serie de modificaciones, por medio de las cuales aparece un mundo nuevo. En parte, podemos atribuir esta visión diferente a un cambio de registro. En la primera parte de *El fantasma del sida*, Perlongher realiza una exposición orientada hacia la divulgación y la prevención, de modo que se mueve en un ámbito muy cercano al de la medicina, pero además está obligado a trabajar con metáforas didácticas que lo llevan a una lengua común, mientras que en la segunda parte hace un desarrollo teórico-político mediante el cual estudia las transformaciones socioculturales que produce el sida en la sociedad brasileña. En otras palabras, a partir de *El fantasma del sida* se puede comprender el VIH como uno de los elementos centrales que provocaron los cambios epistémicos y sociales que dan forma a nuestra actualidad.

El centro de la segunda parte de su ensayo es lo que llama el “dispositivo sida”. Con ese concepto foucaultiano, hace referencia a que el sida está capturado por una serie de poderes que le sacan provecho porque lo utilizan como fantasma para operar

transformaciones sobre la población. Tres son los poderes que extraen del sida lo que denomina, con gran acierto, “plusvalía moral”. En primer lugar, menciona a las iglesias católicas y evangélicas, que utilizan el sida para repudiar las prácticas homosexuales y recomendar la vuelta a la familia y su esquema moral tradicional. En segundo lugar, se refiere a los medios de comunicación, ejemplificando su proceder con la atención morbosa que la televisión le prestó a la muerte del dramaturgo Roberto Galizia. En tercer lugar, habla de la plusvalía que el poder médico extrae del sida, que a través del Estado o los grupos de prevención emite una imaginaria terrorista. Escribe Perlongher:

En las reuniones de información convocadas por el recientemente creado Grupo de Apoyo y Prevención del SIDA (GAPA), el público asistente —básicamente homosexual— era bombardeado con diapositivas de nalgas carcomidas y rostros desfigurados. Más tarde, en 1986, el pintor Darcy Penteado se retira a los gritos de “¡Terrorismo médico!” de una conferencia del entonces secretario municipal de Salud de San Pablo, donde era exhibido en la pantalla un hombre deformado por el mal. La reacción de Darcy no es sólo emocional: según él, “el problema del SIDA no es la enfermedad en sí, sino la paranoia que los medios de comunicación están creando”, y denunciaba que “esos medios están solapadamente atados a poderosos esquemas médico-farmacológicos multinacionales que pretenden ciertamente cobrar un precio altísimo por los costos del SIDA; la medicina deshonesto, aliada a grupos conservadores, extremistas y salvajes, pretende restaurar horrores encima de todo ese horror (ISTOE, de enero de 1986). (56-57)

En esta cita reaparece el clima de la primera mitad de *El fantasma del sida*: Perlongher mantiene parte de la retórica bélica al señalar que los grupos gays son bombardeados con imágenes en las que se inyecta terror. Pero se produce una transformación que no por leve deja de ser fundamental. El dispositivo sida está construido para operar sobre las relaciones y por lo tanto sobre parte del tejido social, que específicamente se concentra

en el desbunde, es decir, en el destape, la fiesta, la salida de las locas a la calle, que en Brasil se vivió en los años 70. Esa salida ciertamente había chocado contra los dispositivos disciplinarios. El Estado reprimió y reprime esa población a través de los mecanismos tradicionales: intervención directa de la policía, códigos legales que permiten la detención, redadas y agresiones de diverso tipo, etc. Pero, en simultáneo, el dispositivo sida aparece con otros propósitos, dado que su bombardeo no apunta a terminar con la homosexualidad, sino a controlar y normalizar las costumbres y las identidades. Si el VIH surge en una sociedad vieja en la que la heterosexualidad es considerada natural, sirve para pasar a otra sociedad en la que esa lógica se abandona porque permite ordenar las relaciones, evitando prácticas como la promiscuidad.

A partir de su ensayo, se puede afirmar que esta intervención tiene dos objetivos que se pueden reconstruir de una manera tendencial. Por una parte, el dispositivo sida busca terminar con las formas contestatarias respecto de las formas disciplinarias de la sociedad. Por la otra, aspira a transformar la sociedad misma en la medida en que se propone aceptar a los homosexuales como nuevas identidades admitidas. En el texto de Perlongher, el sida aparece como un ordenador que le da sentido a una serie histórica: el desbunde fue un desafío a la sociedad disciplinaria, mientras que el sida sirvió para ordenar una sociedad que por aquel primer paso ha abandonado lo natural para organizarse a partir de redes abiertas cuyas normatividades fluctúan en el tiempo. Como demuestra Perlongher a través de los consultorios médicos, en ese tipo de sociedad ya no hay un afuera: “Antes –dice– los anormales estaban afuera: afuera de la familia y afuera del consultorio. Ahora ya pueden entrar, sacar número y recibir el consuelo del complejo” (79). El dispositivo-sida, agrega

en otra página, no se dirige “tanto a la extirpación de los actos homosexuales, como a la redistribución y control de los cuerpos perversos, que apunta a hacer del homosexual una figura aséptica y estatuaría, especie de estatua perversa en el parque nacional” (81).

5

Las imágenes que Perlongher propone en la primera y la segunda parte del ensayo sugieren que en los años 80 el sida se transforma en uno de los focos a través de los cuales cambian el pensamiento sobre la enfermedad, las identidades y las formas de organización de la sociedad. A principios de los años 80, pero de acuerdo con un sistema que tiene su epicentro entre los años 50 y 70, la sociedad se comprende a partir de la guerra. Fuera de Perlongher, ese modo de analizar las cosas lo encontramos, por ejemplo, en el Foucault de *Defender la sociedad*. Cuando Foucault invierte el aforismo de Clausewitz para afirmar que la paz es la continuación de la guerra por otros medios, está sin duda inaugurando un pensamiento original, pero ese pensamiento se mantiene en el clima bélico que caracteriza a la época. Cuando en 1984 se desmaya en su casa, para morir poco después enfermo de sida, tiene listos los dos últimos volúmenes de *Historia de la sexualidad*, en los que se propone pensar una sociedad nueva, marcada por la independencia del individuo, el cuidado de sí y esa nueva forma que es la gubernamentalidad, que no busca reducir con lógica militar al individuo, sino que se propone persuadirlo, sin sacarle una cierta libertad que lo define.

En *El fantasma del sida*, este proceso se encuentra concentrado en sus cien breves páginas. En ellas, Perlongher demuestra que el dispositivo sida termina con la lógica normativa tradicional

y produce nuevas identidades, como lo demuestra a partir de lo que llama el modo de vida gay:

el “modo de vida gay” podría constituir una experimentación de vanguardia en la creación de modelos cada vez más individualistas de subjetivación. Esto es, ciertas características de la vivencia gay –soledad, desarraigo, desgajamiento de las redes familiares, etc.– se transformarían en funcionales o pasarían a ser imitadas por sectores de la población no necesariamente homosexuales. Si así fuera, sería entonces preciso “desinfectar” al homosexual para que encarnase, sin peligros ni fugas, ese “estilo de vida” disociado de la práctica de la promiscuidad socialmente indeseable. (81)

Al finalizar los años 80, Perlongher se convenció de estas opiniones provisorias. En el ensayo “La desaparición de la homosexualidad” y en el post-facio de *La prostitución masculina* puso de manifiesto que, tras el sida, la homosexualidad, como gesto contestatario, desaparece para integrarse a una nueva sociedad. El gay del que habla en *El fantasma del sida* está diseñado por el dispositivo-sida: es una subjetividad aprovechable porque presenta algunos rasgos que se ajustan al mercado del trabajo global: sin lazos comunitarios ni familiares, solitario, prolijo, maleable, es un experimento de lo que será el trabajador global, conectado a Internet. Por eso, cuando habla del “modo de vida gay”, Perlongher está concentrándose en un tipo de identidad, cuando en realidad lo que descubre es que, a partir de aquel modo de vida, las sociedades comienzan a diseñar (con toda la carga de artificio que tiene esa palabra) nuevas y múltiples identidades.

En *Fenomenología del fin*, Franco Berardi sostiene que el sida es uno de los soportes a partir de los cuales se abandonó la conexión de los cuerpos, típica de la revolución sexual de los años 70, y se pasó a la conectividad, es decir, a las relaciones mediadas por Internet. Por supuesto, Perlongher no conoció Internet y, como

dije antes, manejaba de manera muy precaria las computadoras, pero aun así intuyó el cambio al que se referiría Berardi: en su libro muestra que el sida produce el traspaso de la disciplinaria Guerra Fría a una trama abierta de lo social que controla por medio del biopoder. Incluso lo pudo ver con las formas precarias de conectividad que existían en la época. Escribe Perlongher, a partir de las recomendaciones de la masturbación como forma de evitar la peligrosidad del coito:

Volviendo a la masturbación, resulta curioso que ahora sea recomendada como alternativa, cuando algunas décadas atrás se la consideraba la fuente de una diversidad de daños y desvíos psicosomáticos. A la luz de esa promoción, en los Estados Unidos se desarrolla una práctica innovadora: el *sexo telefónico* —el cliente se comunica con una agencia especializada y escoge una voz (afeminada o gruesa, delicada o grosera) para graduar, conforme al tono, la manipulación de los espasmos—.

Así, a medida que se refina, la perversión parece tornarse más solitaria y distante. Tal vez, ese “sexo auricular” esté indicando una probable culminación de las políticas de identidad sexual: el sexo va dejando de ser una relación entre los cuerpos, para convertirse en una relación de cada uno con su propio cuerpo. Encerrados en sus mónadas individualistas, apenas corresponderá a cada uno escoger, en el mercado de artificios, la propia fantasía. (83)

En estas reflexiones pesimistas, Perlongher prefigura muchas de las condiciones bajo las cuales se produce el salto hacia la conexión por Internet. Incluso la selección de las voces, más gruesas o más afeminadas, parece plantear un dispositivo que no solo es telefónico, sino que se plantea como un algoritmo, es decir, como una serie de selecciones prefiguradas. El soporte tecnológico mediante el cual Internet se introduce en nuestras vidas se basa en parte en el vuelco que produce el sida en nuestras sociedades.

Adenda: todo el poder a las computadoras

Escribí este texto a mediados de 2019. Fuera de algunos datos y referencias bibliográficas, lo leí tal cual en las jornadas sobre los años 80, a las que con gran generosidad me invitaron Irina Garbatzky y Javier Gasparri. Transcurrió apenas un año de ese encuentro, pero la aparición del covid-19 cambió a tal punto la vida que parece haber ocurrido en un pasado lejano. Esa enfermedad afectó todos los niveles de nuestra experiencia: la economía, la sociabilidad, los afectos, alteró los equilibrios psicológicos, la vida familiar, el sentido de cosas como la soledad, el tiempo, las lecturas, las formas de comer. No hace falta abundar, porque todos sabemos de qué se trata, pero también porque siempre va a haber algo que falte en nuestras enumeraciones sobre lo que hemos perdido o lo que se ha visto modificado. En lo que respecta al texto que leí en las jornadas, debo decir que hay algunos aspectos que cobran nuevo sentido, porque llamativamente (ese llamativamente solo apareció ahora, con el covid-19) los pasé por alto.

Lo que ahora me parece más notorio es que hablo casi al pasar del tema de las computadoras. En el texto me refiero a las metáforas que utiliza Perlongher para explicar el sistema inmunológico y al final hago algunas observaciones sobre cierto poder anticipatorio que tiene a partir del sexo por vía telefónica. Ahora esas observaciones deberían pasar a primer plano. Pudimos (todavía podemos) afrontar la pandemia del covid-19 con una cuarentena más o menos estricta y prolongada gracias a que estamos rodeados de dispositivos tecnológicos y podemos satisfacer muchas de nuestras necesidades por medio de Internet. Si mi texto cobra nueva luz (una luz siniestra en muchos sentidos), es porque pone de relieve que existe una relación íntima entre vida, tecnología y enfermedad. El texto de

Perlongher permite ver que esa relación comienza a formarse con la irrupción del sida.

Por eso quisiera volver al momento de las metáforas de las computadoras. Como dije antes, Perlongher no podía apelar a un conocimiento de los lectores basado en la experiencia, sino que parece apuntar a los saberes más o menos difusos que aquellos se formaron con la ciencia ficción. Mencioné entonces las películas *Juegos de Guerra* y *Terminator*. Ambas aparecieron en 1983 y 1984, en la misma época en la que se consigue aislar el VIH. Como últimas producciones de la Guerra Fría, parecen proyecciones bélicas de lo que sucede en el cuerpo con el sida y las enfermedades autoinmunes. Se trata, desde luego, de una relación tenue, casi podríamos decir que de un abuso de las interpretaciones. No obstante, lo que importan son los datos, las conexiones y el traslado metafórico de los conceptos de la guerra a la enfermedad. Por eso, quisiera agregar, en esta adenda, el siguiente dato. El 3 de noviembre de 1983, el mismo año en el que se aísla el VIH, Fred Cohen presentó un programa especial de computadoras en un seminario sobre seguridad informática que dictaba el doctor Leonard Adleman. Cohen lo introdujo en una computadora y tras ocho horas de trabajo tomó el control de sus programas. Ese tipo de software ya había aparecido en el pasado. Pero ahora Cohen lo había diseñado para un seminario sobre seguridad. No había un nombre para designarlo. Entonces, Adleman se lo dio: lo llamó virus. No es todo. Poco después de ese evento, Adleman comenzó a interesarse por el funcionamiento del VIH. En sus investigaciones, que realizó a fines de los 80 y principios de los 90, trató de mostrar que la forma en la que el virus afecta parte del sistema inmunológico puede resolverse a partir de una cuestión que sería traducible en términos matemáticos.

Como sugerí al final de mi trabajo, basándome en Berardi y en las intuiciones de Perlongher, el sida empuja a una informatización del mundo. Impone un reemplazo del contacto de los cuerpos por la conexión por medio de dispositivos que transmiten información, como Internet o los teléfonos sexuales de los que se ocupa Perlongher. Lo que indican los datos que acabo de reponer es que el sida también participa de un campo de transformaciones sociopolíticas y tecnológicas que se basan en las articulaciones que se producen entre la biología, la política, la sociedad y la computación. No es posible decir en pocas palabras qué es lo que ocurre entre todas esas disciplinas y campos del saber. Pero hay algo muy nítido, y es lo que me interesó resaltar en el trabajo y ahora se intensificó: esa conjunción de campos de saber y poder se puede distinguir a partir de la producción de una retórica que se basa en la traslación metafórica de conceptos de un ámbito al otro. Tal es el caso de la invención de Adleman: un software que se introduce en una computadora, engañando su sistema de defensas, que además se puede replicar y destruir sus programas o apropiarse de sus funciones tiene los suficientes puntos de contacto con el comportamiento de los virus como para realizar, por vía metafórica, esa creación conceptual.

Las metáforas informáticas que emplea Perlongher se conectan con esta zona. Lo mismo podemos decir del artículo que Peter Jaret publica en la *National Geographic*. En un momento de ese texto, transcribe el siguiente diálogo que mantiene con un médico: “‘We’ve gained a good understanding of the hardware of the immune system,’ Leroy Hood of the California Institute of Technology told me. ‘But we know almost nothing yet about the software that runs the system –the genes that tell our cells what to do’” (732). Después despliega toda una serie de metáforas de la comunicación para hablar del funcionamiento del sistema

inmunológico, bajo la suposición de que las células mantienen una red de intercambios de información a partir de ciertas sustancias químicas.

Ahora bien, los usos que realizan Perlongher y Jaret se mueven en una dirección definida: la lengua de la informática sirve para explicar lo que sucede en la biología. Y es necesario subrayar que esta dirección no se debe a que las personas, en 1986 y 1987, tuvieran un conocimiento de las computadoras basado en la experiencia continua que tenemos hoy en día. Más bien, esas metáforas funcionaban por razones complementarias, como la ciencia ficción o las revistas de difusión o incluso ciertas informaciones pertenecientes a un campo más bien teórico que práctico. Se trata, por lo demás, de una dirección perdurable en el tiempo. En *Oración*, María Moreno escribe lo siguiente: “La sangre es esa red precursora de la cibernética” (257).

En cambio, las creaciones de Cohen y Adleman en el campo de la informática suponen una transformación importante debido a que no toman palabras de la computación para explicar el cuerpo humano, sino que toman palabras de la biología para nombrar programas y procesos computacionales que hasta ese momento no tenían nombre. El mismo giro se ha registrado en las relaciones de la biología con la guerra. Como vimos, la inmunología y la virología utilizaron de manera frecuente una retórica bélica para pensar y explicar la interacción del cuerpo con los virus y las bacterias. Pues bien, Haraway y Esposito señalaron la existencia de un artículo de una revista militar norteamericana, titulado “Future Warriors”, en el que el autor toma la conceptualización de Jaret para pensar las formas que van a tener los soldados y las guerras en el futuro. Ya no es la guerra la que funciona como metalenguaje, sino que es la biología la que permite pensar la guerra. Lo mismo sucede con las relaciones de

la inmunología y la computación. Podemos verlo en “Computer Viruses - Theory and Experiments”, artículo de Cohen de 1987, en el que presenta el trabajo que elaboró en el seminario de Adleman en 1983:

We define a computer “virus” as a program that can “infect” other programs by modifying them to include a possibly evolved copy of itself. With the infection property, a virus can spread throughout a computer system or network using the authorizations of every user using it to infect their programs. Every program that gets infected may also act as a virus and thus the infection grows. (23)

No es el único momento en el que Cohen traslada conceptos de la biología al campo de la informática. Más adelante, el autor cita *El gen egoísta*, de Richard Dawkins, para hablar de la evolución que se produce en las interacciones entre los virus y los sistemas de protección: “This has very strong analogies to biological theories of evolution, and might relate well to genetic theories of diseases. Similarly, the spread of viruses through systems might well be analyzed by using mathematical models used in the study of infectious diseases” (30). Notemos de manera tentativa que esta forma de comprender la interacción de los virus con los antivirus se parece bastante a las nociones inmunológicas que despliega Esposito a partir de la vacuna. Podemos decir que, en parte, la evolución de la computación se basa en esta relación estrecha con lo que amenaza los programas.

Es posible que este cambio de dirección carezca en sí mismo de importancia. Lo que hace más bien es ratificar un campo de trabajo en el que se articulan diferentes líneas del saber. En este sentido, podemos decir que en algún punto hay una articulación entre la computación, la biología y la guerra, pero también la ciencia ficción, todo el mundo ciborg, de tanta importancia en

el cine y en Haraway, de tanta importancia también en “Future Warriors”, y esa articulación, que aparece en los años del sida, a instancias del VIH, produce el tipo de saltos que Foucault propone para pensar los cambios en las epistemes. Así lo demuestra la carrera posterior de Adleman. Primero pasó de la informática a estudiar el virus del sida. En ese traspaso profundizó sus conocimientos sobre las cadenas de ADN y formuló la hipótesis de que funcionan como una nano-computadora. En 1994, publicó “Molecular Computation of Solutions to Combinatorial Problems”, en el que presentó sus resultados en la construcción de una computadora que realiza cálculos complejos a partir de cadenas de ADN. Materializó de este modo la zona de contacto de los saberes que se venía desplegando desde principios de los años 80.

Volvamos ahora a la actualidad. La cuarentena del covid-19 es posible porque nuestro entorno se encuentra muy informatizado. Por eso, podemos agradecer la cantidad de dispositivos que tenemos y las posibilidades que dan las conexiones. Pero también se puede mirar lo mismo de una manera pesimista: hemos sido encerrados por nuestras computadoras, Internet es la calle informática por la que ahora transitamos, la vida pública y privada son las dos caras de una banda de moebius que sale de nuestras computadoras, somos controlados por nuevos sistemas de espionaje más sofisticados y manejados por medio de productos que se han desmaterializado y que concitan todos nuestros deseos. Podemos ver nuestra situación de una manera o de otra. Pero como sea, eso comenzó a ocurrir con el sida. Alicia Vaggione sostiene que el sida debe comprenderse como un acontecimiento, en el sentido de que su aparición “desestabilizó y conmocionó fuertemente la comunidad médica y científica que parecía haber detenido, a partir del descubrimiento de las

vacunas y los antibióticos, las grandes enfermedades infecciosas del pasado” (*Literatura/enfermedad* 57); también es un acontecimiento porque produjo el agrupamiento de una serie de discursos de procedencia diversa, desde la medicina al arte, pasando por las teorías paranoicas y todo tipo de producciones culturales, que tienen como epicentro, para Vaggione, la reconfiguración pública de las sexualidades. En el texto que leí en Rosario, ese acontecimiento se define a partir del empuje que el sida provoca en tanto contribuye a sacar a las sociedades de los viejos dilemas disciplinarios de la Guerra Fría para convertirlas en formas rizomáticas en las que el control y la sustentabilidad no dependen de los disciplinamientos, sino de la diversidad de identidades y la proliferación de nuevas mercancías. Ahora, desde el covid-19, esta perspectiva se acentúa a partir de las transformaciones tecnológicas que impulsó y/o acompañó el sida y que articularon nuestros cuerpos de una manera nueva. Así podemos verlo por medio de las invenciones de Cohen y Adleman: el VIH está en la constelación de procesos que hicieron posible el campo metafórico en el que se unen la biología, la computación, la guerra, el arte y la ciencia ficción, y también es clave en la conexión del nudo de la materia orgánica (la molécula de ADN) con el nudo de los lenguajes (la computación). Podemos llamar a eso biopolítica, podemos pensar que se trata de la construcción de un semiocapitalismo, un capitalismo casi futurista, como el que imagina Berardi. Podemos ver en estos desarrollos la articulación de la vieja conexión mente/cerebro o materia/lenguaje. En cualquier caso, esa es nuestra actualidad. Pues bien, esa actualidad empezó en los años 80, con la aparición conjunta y articulada del sida y la computación.

Una última observación para terminar. Mucho de lo que he desarrollado en el texto y en esta adenda tienen un sentido más

bien pesimista. Esto se debe a la materia que he abordado, pero también a que tengo una tendencia muy marcada a construir narrativas agónicas, es decir, narrativas que terminan en algún tipo de fracaso, en las que el héroe finalmente es vencido. Me ha pasado con Perlongher, a quien suelo ver como un creador de sentidos y políticas que terminan de una manera distinta a como habían sido proyectadas. Es cierto que él mismo le dio un sentido trágico a su obra: cerró su tesis de maestría y tal vez su desarrollo intelectual señalando que el sida había terminado con la homosexualidad en términos de prácticas contestatarias y revolucionarias, y dio paso, como lo anticipa en *El fantasma del sida*, a una sociedad en la que los hombres gays han sido integrados. Pero esta forma de mirar las cosas acarrea también algunas (o muchas) equivocaciones. En *Néstor Perlongher: por una política sexual*, Javier Gasparri demuestra que es necesario volver a los textos de Perlongher porque mantienen la misma potencia y permiten construir nuevos sentidos en la actualidad. Nada más acertado. Si por una parte podemos decir que la conexión del cuerpo orgánico a los dispositivos produjo una superación de la Guerra Fría y generó una nueva forma de dominación, por la otra se podría ver en esa conexión cibernética una forma de salida en el sentido de que permite la producción de nuevas subjetividades y pone en el centro de la poética la cuestión de la subjetividad. Tomando lo que dice Foucault en *La inquietud de sí*, la vida ya no se regiría por una moral externa, determinante y única, que por eso mismo se confunde con lo natural, sino que la subjetividad plantea reglas internas y se abre a una construcción propia que fluctúa en el tiempo. Perlongher hizo eso a lo largo de su obra. Y eso que él hizo y reflejó, esos cambios que se produjeron en los años 80, produjeron una sociedad en muchos aspectos más rica e interesante, basada en el derecho a tener derechos, que

es el verdadero nudo de las luchas políticas por el sentido. La producción de subjetividades, la producción de sí, ¿sigue siendo esa una respuesta al despliegue biopolítico que se acentuó con el covid-19 a partir de la articulación del cuerpo a los dispositivos tecnológicos? ¿O es la poética de sí el eje del nuevo poder diseminado? A esas preguntas, no a sus respuestas, me lleva la relectura de este trabajo.

Bibliografía

- Adleman, Leonard. "Molecular Computation of Solutions to Combinatorial Problems". *Science*, vol. 266, n.º 5187, 11 de noviembre de 1994, pp. 1021-1024.
- Berardi, Franco. *Fenomenología del fin*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.
- Boltanski, Luc. *Enigmas y complots. Una investigación sobre las investigaciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Bongers, Wolfgang y Tanja Olbrich (comps.). *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Cohen, Fred. "Computer Viruses - Theory and Experiments". *Computers & Security*, vol. 6, n.º 1, febrero de 1987, pp. 22-35.
- Esposito, Roberto. *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Foucault, Michel. *La inquietud de sí*. Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Gasparri, Javier. *Néstor Perlongher. Por una política sexual*. Rosario: FHUMYAR Ediciones, 2017.
- Haraway, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Valencia: Cátedra, 1995.
- Jaret, Peter. "Our Immune System: The Wars Within". *National Geographic*, vol. 169, n.º 6, junio de 1986, pp. 702-735.
- Juegos de guerra [WarGames]*. John Badham (dir.). Metro-Goldwyn-Mayer, Sherwood, The Leonard Goldberg Company y United Artists, 1983.
- Knight, Peter (ed). *Conspiracy Theories in American History: An Encyclopedia*. Tomo 1. Santa Barbara/Denver/Oxford: ABC/CLIO, 2003.

- Le Carré, John. *El espía que surgió del frío*, Barcelona: Debolsillo, 2016.
- Moreno, María. *Oración. Carta a Vicky y otras elegías políticas*. Buenos Aires: Random House, 2018.
- Ogden, Daryl. "Cold War Science and the Body Politic: An Immuno/Virological Approach to *Angels in America*". *Literature and Medicine*, vol. 19, n.º 2, 2000, pp. 241-261.
- Perlongher, Néstor. *El fantasma del sida*. Buenos Aires: Puntosur, 1988.
- Perlongher, Néstor. *Correspondencia*. Cecilia Palmeiro (ed.). Buenos Aires: Mansalva, 2016.
- Perlongher, Néstor. *O que é AIDS*. San Pablo: Editora Brasiliense, 1987.
- Sadin, Éric. *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.
- Terminator*. James Cameron (dir.). Hemdale Film, Cinema 84, Euro Film Funding y Pacific Western, 1984.
- Timmerman, Frederick W. "Future Warriors". *Military Review*, vol. 67, n.º 9, septiembre de 1987, pp. 46-55.
- Treichler, Paula. "AIDS, homophobia and biomedical discourse: An epidemic of signification". *Cultural Studies*, vol. 1, n.º 3, 1987, pp. 263-305.
- Vaggione, Alicia. *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*. Córdoba: CEA/UNC, 2013.